

¿De tres fuerzas a dos?

Demetrio Boersner*



SIGLO XX: BIPOLARIDAD CON TERCERISMO CRECIENTE

A comienzos del siglo XX, las diversas escuelas heredadas del pensamiento hegeliano —entre ellas la escuela marxista ortodoxa— tendían a concebir el futuro de la historia en términos dualistas. La mayoría de los socialistas estaban convencidos de que se aproximaba la lucha final. Conforme al análisis clásico de Marx, las clases medias quedarían reducidas y debilitadas cada vez más, y la lucha social a todos sus niveles, incluido el ideológico, avanzaría hacia una polarización global que no admitía terceras posiciones ni “medias tintas”. Apenas Eduard Bernstein en Alemania, los fabianos ingleses, los “posibilistas” de Francia y el “minimalismo” italiano predicaban la conveniencia de revisar el marxismo y estudiar el fenómeno del surgimiento de capas medias nuevas, cuya influencia obligaría a los socialistas a flexibilizar su estrategia, abriendo espacios al reformismo gradualista.

La Primera Guerra Mundial, la Revolución de Octubre, el auge del fascismo, la Guerra de España y la Segunda Guerra Mundial reforzaron la tendencia al dualismo radical. En 1945 reinó brevemente la esperanza de que la victoriosa alianza mundial de centroizquierda, forjada en el combate contra el fascismo, sería perdurable y construiría un mundo nuevo, de libertad, justicia y solidaridad.

Luego vino la Guerra Fría: nueva bipolaridad, pero ya matizada. Ninguno de los dos bloques antagonicos dejaba de suscitar críticas y rechazos entre quienes realmente soñaban con el mundo mejor. El Occidente defendía la democracia pero también el ca-

pitalismo con sus inequidades, y sus dirigentes no vacilaban en aupar dictaduras de derecha en países subdesarrollados. El bloque oriental, regido por comunistas, creaba una cruda equidad socioeconómica, pero violaba brutalmente la libertad de los individuos. Por ello, en medio de los dos superpoderes, creció de año en año el número de personas, de organizaciones y de pueblos que de alguna manera u otra se consideraban “terceristas”. En el plano de la emancipación nacional, los países de la periferia ex colonial y subdesarrollada constituyeron el Tercer Mundo, de creciente cohesión e importancia desde 1961 en adelante. En el seno del socialismo visto como tendencia histórica global y de largo plazo, la socialdemocracia se declaró, a partir de 1950, fuerza de lucha a la vez contra las injusticias del capitalismo y contra la tiranía política del comunismo de tipo soviético. Por último, el movimiento comunista engendró importantes disidencias de signo humanista y democratizador. Estas tres corrientes “terceristas” convergieron y tendieron a unirse, ganando fuerza efectiva sobre todo en la década de los setenta, cuando algunos hablaban de una transformación de la bipolaridad en sistema de tres polos, uno de ellos identificado de alguna manera con el ideal del socialismo democrático.

1980-2004: NUEVAMENTE DE UNO A TRES

La crisis mundial de “estancamiento” de los años setenta dio origen a la contrarrevolución neoliberal iniciada por Thatcher y Reagan a comienzos de la década siguiente. El colapso del bloque comunista, el desprestigio del socialis-



mo democrático y del capitalismo social keynesiano, la derrota del sindicalismo internacional y el desmantelamiento de los “Estados de bienestar” desembocaron conjuntamente en una estructura post-bipolar dominada por los Estados Unidos a la cabeza de un directorio de potencias secundarias. El Consenso de Washington de 1991, con su paradigma de globalización neoliberal y democracia representativa, constituyó la base ideológica y estratégica de un nuevo orden unipolar o “imperio universal”, que tuvo una duración de diez años.

El siglo XXI se abrió con diversos síntomas de insurgencia de factores políticos y sociales opuestos al orden unipolar. A nivel mundial creció el movimiento de protestas “altermundialistas”, integrada mayoritariamente por fuerzas de izquierda novedosas, neosocialistas y neonanarquistas. En América Latina se formaron o se fortalecieron nuevas tendencias nacionalistas o regionalistas que reivindican el rol del Estado frente al mercado y conciben la mundialización en términos de equilibrio multipolar. En el mundo musulmán, un violento extremismo islamista le declaró la guerra a los “cruzados” del Occidente desarrollado y hegemónico. Desde fines del año 2001, la ilusión unipolar había quedado atrás, y se enfrentaban por lo menos tres fuerzas: el “imperio” a la defensiva frente al terrorismo, el islamismo extremista y ultraviolento, y un conjunto de factores intermedios (nuevas izquierdas, países reafirmadores de sus espacios de soberanía nacional o regional, y potencias occidentales discrepantes del unilateralismo norteamericano).

2005-2006: ¿DE TRES A DOS?

El año 2005 marcó el inicio de una rectificación parcial de la diplomacia unilateralista y prepotente seguida por Estados Unidos a partir de los ataques terroristas del 11-09-01. Dicho unilateralismo había conducido a un creciente aislamiento de la potencia norteamericana y a una incipiente división de la alianza atlántica, algunos de cuyos miembros (Alemania, Francia, Bélgica, España) adoptaron actitudes “terceristas”, enemigas del islamismo violento pero también muy críticas hacia la política retaliativa de Washington. En el seno de los “terceristas” más radicales, hasta surgieron voces —como la del presidente de Venezuela— que proponían un esquema dualista apocalíptico, de alianza cuasi universal contra el “Imperio”, con manos tendidas incluso al extremismo islamista.

Ante tal situación, Estados Unidos hizo crecientes esfuerzos para rearmar sus relaciones ante todo con Europa Occidental y para reducir sus discrepancias con potencias regionales celosas de su soberanía e influencia, tales como Rusia, China e India. A mediados del 2006, esta nueva estrategia norteamericana, menos soberbia y más buscadora de consensos, ha comenzado a dar resultados. La evolución de la política interna de países como Alemania y Francia (del europeísmo autonomista a un enfoque más “transatlántico”) ha ayudado a Washington en su nueva estrategia.

En América Latina ha surgido, por los momentos, un esquema tripolar. El

bloque regionalista del Sur (a veces calificado de “populista” o de “nueva izquierda”), que era considerado como antagonista de Estados Unidos en un enfrentamiento hemisférico bipolar, se dividió en 2006 a causa de la incompatibilidad evidente entre la perspectiva estratégica de los gobernantes progresistas moderados (Brasil, Chile, Uruguay y Panamá), y el eje ultraradical constituido por Venezuela, Cuba y Bolivia con interesados aplausos de Argentina. La vehemencia de los más radicales, y su activo apoyo a factores que afectan y perturban a los de izquierda democrática, claramente le está haciendo el juego a la nueva diplomacia de Estados Unidos, que apunta hacia la división del grupo regionalista y la inclusión de sus miembros moderados en un mayoritario frente interamericano y mundial, unido contra los extremismos coaligados.

* Miembro del Consejo de Redacción